

rey debia considerar aun mas la justicia que debia á su pueblo, castigando á los culpados como merecian, que su inclinacion á la clemencia, sobre todo en una ocasion en que la conservacion de su magestad y la seguridad pública debian considerarse como unos intereses inseparables.

Todo el consejo fue del mismo dictámen, y el rey debió conformarse, por cuyo motivo la sentencia se ejecutó en el dia inmediato siguiente. El arzobispo de Lisboa quiso salvar á un amigo suyo : pidió su gracia á la Reyna y la solicitó con toda la confianza de un hombre que creia que nada podia negarse á sus servicios : pero la Reyna, que habia conocido la justicia y la necesidad indispensable del castigo, conociendo al mismo tiempo que una distincion de esta naturaleza agriaria sobre manera á los parientes y amigos de los demas conjurados, y de otra parte, persuadida que puede haber acciones de clemencia muy injustas, supo en este momento sofocar su natural inclinacion á la dulzura y clemen-

cia al deber de la justicia. Solo una palabra dijo al arzobispo, pero con un tono que no admitió replica : « Señor arzobispo, le dijo, la mayor gracia que de mí podeis esperar sobre lo que me pedis, es la de olvidar para siempre que me habeis hablado de semejante materia. »

Queriendo el rey bienquistarse con el pueblo, y sobre todo con la corte de Roma, que por consideraciones á la casa de Austria no queria recibir á su embajador, permutó la pena del arzobispo y del inquisidor general en una prision perpetua. Poco tiempo despues se extendió la noticia de la muerte del arzobispo á consecuencia de una enfermedad ; accidente bastante ordinario con ciertos reos de estado que la política no permite hacer perecer en un cadalso. Durante mucho tiempo no pudo saberse en Madrid porque medio el rey de Portugal habia descubierto aquella conjuracion, y solo por una nueva conspiracion que al mismo tiempo se tramaba contra el rey de España, conoció este soberano

el conducto por el cual habian llegado á Lisboa los primeros avisos de la empresa del arzobispo de Braga.

El rey de Portugal, como ya lo hemos dicho, siempre mantenía una íntima relación con los enemigos de la monarquía española : franqueaba sus puertos á las escuadras de Francia y Holanda ; tenía un residente en Barcelona y entre los sublevados de Cataluña, y se dedicó con el mayor empeño á excitar nuevas conmociones en el mismo centro de la España, que dejaban menos atención á Felipe IV para ocuparse de los negocios de Portugal.

El nuevo rey ya había ingerido algunas raíces de rebeldía en el espíritu del duque de Medina Sidonia, su cuñado, y el marques de Ayamonte, noble castellano y su confidente mútuo, acabó de seducirle : era pariente muy inmediato de la Reyna de Portugal y del duque de Medina : favorecían las relaciones secretas que entretenía con aquella corte la proximidad de sus tierras que estaban situadas en el emboca-

dero del Guadiana, y por consiguiente en la misma frontera de Portugal, y esperaba aumentar su fortuna encontrando su elevación en la de aquellas casas. Era un hombre osado, emprendedor, descontento del ministro y fortificado con aquella indiferencia á la vida que es tan necesaria á los que se arrojan á empresas de tanta consideración.

Escribió secretamente al duque de Medina-Sidonia dándole el parabien por el descubrimiento de la conjuración del arzobispo, que sin esta circunstancia, hubiera costado la vida á su hermana y á toda la familia real : al mismo tiempo le insinuaba cuanto debía desear que el nuevo rey pudiese conservar una corona que en lo venidero debía adornar la frente de sus sobrinos ; que el reyno de Portugal, contiguo á Castilla, le aseguraba un asilo en cualquier tiempo aciago y calamitoso, y principalmente durante el ministerio del conde duque cuya política soberbia y absoluta no tenía mas objeto que humi-

llar á los grandes : añadió aun que era problemático si este ministro , aunque pariente suyo , le dejaria mucho tiempo en el gobierno de una provincia tan vecina de Portugal ; que este era un obgeto que merecia toda su reflexion , y que , si queria que acabase de comunicarle todas las que habia hecho por su parte , podia enviarle un hombre de confianza á quien pudiese abrir su pecho con toda seguridad.

El duque de Medina-Sidonia , naturalmente vano y soberbio , que no habia visto la elevacion de su cuñado sin una especie de envidia secreta , conoció muy bien que la carta del marques ocultaba algun desig- nio mas elevado. Inmediatamente le despachó un confidente suyo llamado Luis de Castilla para conferenciar con él. El mar- ques , en quanto vió su carta de crédito , le abrió su pecho sin ningun recelo , y des- pues de haberle manifestado con cuanta facilidad el duque de Braganza se habia apoderado de la corona de Portugal , le dijo que el duque de Medina no encontra-

ria nunca una ocasion tan favorable para asegurar la fortuna de su casa y hacerse independiente de la corona de España.

Se representó que el rey estaba exte- nuado por la guerra que sostenia desde mucho tiempo contra la Francia y la Ho- landa ; que la Cataluña , por si sola , ocu- paba sus principales fuerzas ; que era ne- cesario hacer sublevar la Andalucía , llevar la guerra hasta el centro del reyno ; que el pueblo , siempre ávido de novedad , y de otra parte sobrecargado de contribucio- nes , cambiaria gustosamente de soberano ; que el duque de Medina no era menos querido en su gobierno que el de Braganza en Portugal ; que solo debia esmerarse á grangearse el afecto de los gobernadores particulares que estaban bajo sus órdenes , pero sin confiarles el secreto de sus designios , que colocase hechuras suyas en los em- pleos mas importantes , pues luego le seria muy fácil apoderarse de los galeones que se estaban esperando de un momento á otro procedentes de América ; que la plata

que traerian serviria para sostener la guerra, y que para facilitar la egecucion de este proyeto, el rey de Portugal, de acuerdo con él, haria entrar en Cadiz una flota considerable compuesta de sus navíos y de los de sus aliados, cargada de tropas de desembarco que acabarian de someter á cuantos se obstinasen infructuosamente á querer conservar una fidelidad inútil al rey de España.

Luego que el confidente del duque de Medina dió cuenta á su amo del resultado de su viage, este señor se dejó deslumbrar por el lustre de una corona. Como capitán general del océano y gobernador de toda la provincia, podia disponer de muchas fuerzas de mar y de tierra : poseia ademas en aquel pais haciendas considerables, y todo esto le daba una autoridad casi absoluta : en los primeros movimientos de su ambicion creyó que no le faltaba mas que la voluntad de ser rey para ceñirse una corona y no reconocer ninguna autoridad superior en toda Andalucía.

Inmediatamente volvió á mandar á Luis de Castilla, al marques de Ayamonte para asegurarle que entraba en sus miras, y tomar con él las medidas mas precisas principalmente con respecto á la corte de Portugal. Al mismo tiempo se dedicó á asegurarse de todos los empleados hechuras suyas y á hacerse otras nuevas : dejaba escapar quejas contra el gobierno; compadecia á los soldados que no estaban pagados, y al pueblo que estaba sobrecargado de impuestos.

Instruido el marques de Ayamonte de sus disposiciones, solo pensó en concentrar sus proyectos en un plan fijo y determinado; y como era necesario conferenciar con el rey de Portugal, el marques, que era demasiado conocido en la frontera, no se atrevió á pasar á aquel reyno. Echó la vista, para una negociacion tan delicada, en un fraile intrigante, unido desde mucho tiempo á su suerte y cuyos reverentes hábitos en aquel pais de inquisicion daban menos pábulo á qué se le espiasen

sus pasos. Este religioso de la órden de San Francisco, llamado el padre Nicolas de Velasco, pasó á Castro Martín, primera ciudad de Portugal; so pretexto de ir á tratar del rescate de un prisionero castellano.

El rey de Portugal, de acuerdo con el marques de Ayamonte, le hizo prender como un espía y conducir á Lisboa cargado de cadenas, como un reo que los ministros querian interrogar por sí mismos. Se le metió en una cárcel en donde estaba guardado al parecer con mucha severidad que poco á poco fue disminuyendo, y le pusieron en libertad so pretexto que solo habia entrado en el reyno para tratar de la libertad de un oficial español, y aun se le permitió ir á palacio para solicitarla, á fin de poder conferenciar con los ministros sin hacerse sospechoso á los espías secretos de la corte de Madrid.

El rey le vió varias veces y le aseguró que para recompensarle le daria un obispado. Deslumbrado el capuchino con esta esperanza, no salia nunca de palacio; ha-

cia la corte á la reyna y sitiaba continuamente á los ministros; en fin hasta llegó á entrometerse en las intrigas de los cortesanos. Quería que todo el mundo conociese que tenia crédito y favor, y sin revelar expresamente el fondo de su negociacion, descubria el secreto de ella con sus modales fastosos é indiscretos. El cortesano, observador y siempre zeloso del favor naciente, pronto echó de ver que su prisionero no habia sido mas que un pretexto para introducirle en la corte: hacíanse diferentes conjeturas sobre el motivo de su viage, y un Castellano que estaba preso en Lisboa penetró todo el secreto.

Este Castellano, llamado Sancho, era un hombre á quien habia favorecido el duque de Medina Sidonia, que desempeñaba el empleo de tesorero antes de la última revolucion. El nuevo rey le habia hecho prender, bien asi como á todos los Castellanos que en aquella sazón se encontraron en Lisboa, y por lo mismo gemia en un estrecho cautiverio. No bien supo el re-

ciente crédito del capuchino, paisano suyo, y su conducta, sospechó que solo estaba en la corte para manejar en ella alguna intriga, y desde luego fundó en esta sospecha el proyecto de su libertad. Escribió al religioso implorando su proteccion en terminos muy respetuosos y capaces de lisongear su vanidad: quejábase en su carta de que el rey de Portugal detenía tanto tiempo en una dura cárcel á un criado y protegido del duque de Medina su hermano político, y para dar mas verosimilitud á lo que decía, envió al fraile un crecido número de cartas que había recibido de aquel señor antes de la revolucion, en las cuales le encargaba varios negocios con aquella confianza y superioridad que le daba su rango y la proteccion con que le había honrado.

El fraile respondió en pocas palabras á Sancho, que con el mayor placer tomaria mucho empeño en defender los intereses de los dependientes del duque de Medina, que iba á ocuparse vivamente de los me-

dios de procurar su libertad, y que solo le encargaba el secreto. El astuto Castellano para hacerse menos sospechoso aguardó algun tiempo el efecto de las promesas del fraile, y luego le escribió representándole que ya había siete meses que estaba gimiendo en un duro cautiverio; que el ministro español, segun las apariencias, ni siquiera se acordaba de él, que ya no se hablaba de su rescate ni de que lo cangeasen, de suerte que no tenía otra esperanza de libertad que el interes que su reverencia se dignase tomar á su triste suerte.

El capuchino que queria hacerse un nuevo mérito de la libertad de Sancho por el duque de Medina, la pidió al rey y la obtuvo: él mismo fue personalmente á sacarle de la cárcel y le ofreció hacerle incluir en un pasaporte que el rey acababa de conceder para algunos criados de la duquesa de Mantua que regresaban á Madrid, pero el astuto Castellano le observó que la villa de Madrid era para él una tierra extranjera; que no podia presentarse

á la corte sin exponerse á entrar de nuevo en una cárcel; que el ministro severo é inexorable no dejaria de pedirle una cuenta rigurosa y exacta de los fondos entrados en su poder, á pesar de que en la revolucion habian saqueado su caja sin haberle dejado ni tan siquiera los registros; y para bienquistarse el capuchino, añadió que solo deseaba servir cerca del duque de Medina su amo, pues este señor era bastante poderoso para facilitarle los medios de restablecer su fortuna sin verse precisado á salir de Andalucía.

El fraile que tenia necesidad de un conducto seguro para dar cuenta al marques de Ayamonte del estado de su negociacion y para recibir nuevas órdenes, hechó los ojos en el Castellano que aparentaba estar inviolablemente unido á los intereses del duque de Medina: le retuvo consigo algun tiempo so pretexto de proporcionarle un pasaporte, aunque en la realidad solo era para observarle y asegurarse de su fidelidad: el trato frecuente que seguian

formó insensiblemente una grande intimidad entre los dos, que el Castellano, mas hábil, hizo servir para sonsacar un secreto que el capuchino soltó por vanidad: este fraile para persuadirle del mucho valimiento que tenia en la corte y de la consideracion con que se le miraba, se propasó á decirle que muy pronto le veria con otros hábitos, que se le habia prometido un obispado, y que no desesperaba de verse revestido de la púrpura romana. Sancho para acabar de arrancarle su secreto, aparentaba no creerle, y su incredulidad aparente, picó el amor propio del fraile: ¿y que diréis le dijo, cuando veréis coronada la frente del duque de Medina? Sancho con sus dudas afectadas le condujo insensiblemente hasta que le hizo una entera confianza de sus proyectos. El capuchino le dijo al cabo que estaba encargado de una negociacion en la cual entraban los reyes; que el dia menos pensado veria al duque de Medina - Sidonia soberano de Andalucía; que el marques

de Ayamonte conducía este gran negocio; que el rey de Portugal debía á este caballero castellano el descubrimiento de la última conspiracion; que la España iba á cambiar enteramente de aspecto, y que en cuanto á él, podia asegurarle una fortuna considerable si queria solamente encargarse de entregar al duque y al marques las cartas que le confiaria. Encantado Sancho de verse dueño de un secreto tan importante, renovó las seguridades que mil veces le habia dado de su afecto á los intereses del duque de Medina. Tomó las cartas del capuchino, le aseguró que si juzgaba conveniente se tendria por dicho-so de poder traer la respuesta, y se puso en camino para Andalucía: pero no habia bien pisado el territorio español, que tomó el camino de Madrid, y en cuanto llegó se presentó inmediatamente á casa del ministro y le mandó entrar recado, diciendo que Sancho, tesorero de Portugal, prófugo de las cárceles del usurpador, deseaba comunicarle un asunto de la mayor importancia.

El conde-duque, naturalmente soberbio y de difícil acceso, le mandó decir que volviese un dia de audiencia ordinaria. Sancho repelido con tanta dureza, exclamó altamente, « que era absolutamente necesario que le hablase desde luego, pues en ello estribaba la salvacion de la monarquía: tomó el cielo por testigo de su fidelidad y de la diligencia con que habia caminado para avisar el ministro. »

Habiendo referido al conde-duque estas palabras vehementes, mandó que le dejasen entrar. Sancho se arrojó á sus pies diciéndole que estaba salvado el estado, pues habia conseguido llegar á su presencia: le dió cuenta de la manera que le habian preso en la última revolucion, y luego pasando á la conjuracion del duque de Medina Sidonia le manifestó todos los proyectos, las relaciones con el rey de Portugal, el designio de apoderarse de los galeones, entregar Cadiz á los enemigos de la corona, y volver contra el rey mismo los ejércitos que manda en Andalucía para su servicio;



y para justificar la verdad de todos sus asertos le entregó varias cartas del capuchino, escritas en cifra al marques de Ayamonte y al duque de Medina, que patentizaban el plan de la conspiracion.

Por de contado el conde duque pareció consternarse al oír una noticia tan extraordinaria : permaneció largo rato sin decir una palabra, pero en cuanto volvió en sí de la admiracion, tomó un aire mas afable del que acostumbraba ordinariamente ; colmó de alabanzas á Sancho por su fidelidad para con el rey, y añadió que merecia doble recompensa por haber descubierto un plan tan pernicioso, y por no haber titubeado á dirigirse para descubrirlo al pariente mas inmediato del mismo gefe de la conspiracion. Seguidamente le mandó conducir á un aposento separado, con órden expresa de no dejarle hablar con nadie sin excepcion ; y pasó inmediatamente al cuarto del rey para darle cuenta de lo que acababa de descubrir presentándole al mismo tiempo las cartas del capuchino.

Felipe se quedó atónito al oír una traicion tan horrorosa : ya habia mucho tiempo que tenia sospechas y aborrecia el orgullo extraordinario de los Guzmanes, y acordándose al mismo tiempo de la reciente pérdida del Portugal que atribuia á la ambicion de la duquesa de Braganza, no pudo menos de decir á su ministro con un especie de resentimiento, « que todas las desgracias de la España procedian de su casa. Este principe no dejaba de tener mucha penetracion y talento, pero era muy inclinado á los placeres y aborrecia los negocios ; le disgustaba cualquier cosa que ocupase su atencion, y de muy buena gana hubiera abandonado una parte de sus estados á trueque de que se le hubiese dejado vivir en una completa ociosidad. Asi pues, luego que hubo descargado toda su cólera, entregó las cartas del capuchino al conde-duque, sin abrirlas, y le dió órden de hacerlas examinar por tres consejeros de estado, para que le presentasen un informe.

Esto era poner enteramente el negocio en manos del ministro, quien nombró á tres hechuras suyas para examinar este proceso. Se descifraron las cartas del capuchino; tres veces se recibió la declaración de Sancho, pues querian que hablase este á favor del duque de Medina, que el ministro queria salvar: á este efecto le mandó llamar á su gabinete antes que se presentase ante los comisarios, y afectando aquellos modales llenos de confianza con que los grandes saben servirse tan diestramente para alucinar y ganar la confianza de los sujetos que quieren, le dijo: «¿Como podremos, querido Sancho, justificar al duque de Medina una acusacion que solo se apoya en las cartas de un fraile desconocido, y que probablemente nuestros enemigos habran corrompido para hacer sospechosa la fidelidad del duque que servia tan útilmente al rey en su provincia de Andalucia?»

Sancho, penetrado de la verdad de su declaracion y temiendo quizas que debili-

tandola no se privase él mismo de la recompensa que se habia prometido, sostuvo siempre con mucha firmeza que existia una conspiracion contra el estado, á cuya cabeza estaba el marques de Ayamonte como principal negociador de ella; que él mismo habia visto las cartas que la acreditaban en manos del capuchino, y que infaliblemente se veria insurreccionada la Andalucía si inmediatamente no se tomaban las medidas conducentes para conjurar la tempestad con que amenazaba el gobernador de la provincia.

El ministro, que no queria que este negocio se profundizase, tomó tiempo oportuno para hablar del negocio al rey: dijole que se habian descifrado las cartas del capuchino, el cual, segun las apariencias, habia sido seducido para perder al duque de Medina; que el mismo Sancho acaso habia sido engañado por aquel fraile intrigante, pues no se presentaban cartas del duque ni testigos que declarasen formalmente contra él; y que toda esta acusacion solo

se apoyaba en cartas que acaso podian no ser mas que una calumnia : que, no obstante, como nunca las precauciones estan por demas en un negocio de tanta importancia, le parecia que era necesario retirar con maña al duque el gobierno de la Andalucía en donde no seria fácil hacerle prender, hacer entrar tropas á Cadiz con un nuevo comandante, y asegurarse al mismo tiempo del marques de Ayamonte; y que, si en resultado se veia que eran criminales, podia el rey abandonarles á todo el rigor de las leyes.

Los consejos del ministro eran leyes todavía mas imperiosas para el soberano que para el resto de sus vasallos. Felipe, que no era amigo de derramar sangre, y cuyo carácter era muy blando é indolente, le dijo que le dejaba enteramente dueño de estenegocio. El conde-duque hizo marchar inmediatamente á su sobrino Don Luis de Aro, con orden de decir al duque de Medina que, inocente ó culpado, se presentase inmediatamente á la corte; que

podia estar seguro de su gracia si era criminal; pero que era un hombre perdido si tardaba un solo momento en obedecer las órdenes del rey : otro correo mandó prender al marques de Ayamonte, y al mismo tiempo el duque de Ciudadreal entró á Cadiz á la cabeza de cinco mil hombres.

El duque de Medina se quedó aterrado con esta noticia. Desde luego vió que no le quedaba otro partido que el de obedecer ó escaparse á Portugal : pero la idea de pasar el resto de su vida en un pais extranjero como un proscripto le parecia indigna de un hombre de su rango : no veia en Portugal ningun destino decente para él, y como conocia el poder absoluto que tenia el conde-duque en el espíritu del rey, resolvió abandonarse á la buena fe de aquel ministro. Púsose inmediatamente en camino, haciendo tanta diligencia que esta pronta obediencia predispusó al rey á creerle inocente, ó á perdonarle si era culpable.

El duque se apeó en casa del ministro, y despues de haber recibido de él nuevas seguridades de su gracia, le declaró el plan de la conjuracion, achacando todo el proyecto al marques de Ayamonte. El ministro le introdujo secretamente en el gabinete del rey; el duque se arrojó á sus plantas derramando abundantes lágrimas de arrepentimiento, y en esta humilde postura confesó su crimen y pidió gracia en los términos mas tiernos. El rey, naturalmente bondadoso, se enterneció, mezcló sus lagrimas á las del duque, y le dijo que le concedia la gracia por su arrepentimiento y por las súplicas que le habia hecho el conde-duque de Olivares: luego le despidió; pero como no era prudente exponerse á nueva tentacion en un negocio tan delicado, se le dió orden de permanecer en la corte. Se confiscaron tambien una parte de sus cuantiosos bienes que solo habian servido para inspirarle ideas de independenciam, y el rey mandó un gobernador y guarnicion á San Lucar

de Barrameda, residencia ordinaria de los duques de Medina-Sidonia.

El ministro para persuadir al rey del sincero arrepentimiento de su pariente, propuso á este que mandase un cartel al duque de Braganza, retándole en desafio. Por de contado el duque de Medina se sorprendió al oír semejante propuesta: dijo al ministro que las leyes divinas y humanas prohibian el desafio; pero como vió que el conde-duque se empeñaba tenazmente en su idea, añadió que le repugnaba mucho llegar á tal extremo con su hermano político, á menos que el rey no obtuviese una bula del papa que le pusiese á cubierto de la excomunion mayor con que la iglesia castiga á los duelistas.

El ministro le respondió que en el negocio de que se trataba era muy inoportuno detenerse en escrúpulos tan pueriles: que debia pensar seriamente en merecer su gracia con una accion ruidosa, y que borrarse en el público la sospecha que pudiese haber infundido su inteligencia con los re-